

Charles Dickens

David Copperfield

La historia personal y experiencias
de David Copperfield, hijo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *David Copperfield*
Traductor: Miguel Ángel Pérez Pérez

Primera edición: 2012
Tercera edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2012
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2012, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-032-9
Depósito legal: M. 16.539-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prefacio
- 13 1. Nazco
- 30 2. Observo
- 51 3. Vivo un cambio
- 72 4. Caigo en desgracia
- 98 5. Me envían lejos de casa
- 123 6. Amplío mi círculo de amistades
- 133 7. Mi primer semestre en Salem House
- 158 8. Mis vacaciones, y en especial una tarde feliz
- 179 9. Tengo un día de cumpleaños que nunca olvidaré
- 195 10. Me desatienden y después se ocupan de mí
- 223 11. Comienzo a vivir por mi cuenta y no me gusta
- 245 12. Como sigue sin gustarme vivir por mi cuenta, tomo una gran decisión
- 258 13. El resultado de mi decisión
- 285 14. Mi tía se decide con respecto a mí
- 306 15. Un nuevo comienzo para mí
- 319 16. Me convierto en un chico nuevo en más de un sentido
- 348 17. Aparece alguien
- 372 18. Una mirada retrospectiva
- 383 19. Veo algo de mundo y hago un descubrimiento
- 406 20. El hogar de Steerforth
- 419 21. La pequeña Emily
- 445 22. Algunos escenarios antiguos y algunas personas nuevas
- 476 23. Corroboro la opinión del señor Dick y me decido por una profesión

- 496 24. Mi primera juerga
508 25. Ángeles buenos y malos
535 26. Caigo cautivo
556 27. Tommy Traddles
569 28. El desafío del señor Micawber
596 29. Una nueva visita al hogar de Steerforth
607 30. Una pérdida
618 31. Una pérdida aún mayor
630 32. El comienzo de un largo viaje
656 33. Éxtasis
679 34. Mi tía me deja atónito
691 35. Depresión
719 36. Entusiasmo
743 37. Un poco de agua fría
755 38. La disolución de una sociedad
779 39. Wickfield y Heep
806 40. El viajero errante
818 41. Las tías de Dora
840 42. Maldad
868 43. Otra mirada retrospectiva
879 44. El gobierno de nuestra casa
900 45. El señor Dick cumple la predicción de mi tía
922 46. Noticias
941 47. Martha
956 48. Vida doméstica
972 49. Me veo envuelto en un misterio
990 50. El sueño del señor Peggotty se hace realidad
1004 51. El comienzo de un viaje más largo
1027 52. Presencio una erupción
1060 53. Otra mirada retrospectiva
1067 54. Las transacciones del señor Micawber
1088 55. Tempestad
1105 56. La nueva herida y la vieja
1114 57. Los emigrantes

Índice

- 1129 58. Ausencia
1139 59. Regreso
1161 60. Agnes
1173 61. Me muestran a dos interesantes penitentes
1191 62. Una luz brilla en mi camino
1203 63. Un visitante
1214 64. Una última mirada retrospectiva

Prefacio

No me resulta fácil distanciarme lo suficiente de este libro, mientras experimento las primeras sensaciones de haberlo terminado, para referirme a él con la compostura que requeriría este encabezamiento formal. Mi interés en el mismo es tan fuerte y reciente, y mi mente está tan dividida entre la satisfacción y el pesar –satisfacción por haber culminado un proyecto tan largo, y pesar por separarme de tantos compañeros que en él quedan–, que corro el peligro de cansar al lector al que tanto estimo con confidencias personales y emociones íntimas.

Además de lo cual, todo lo que podría decir de la historia ya lo he intentado expresar en ella.

Tal vez no interese mucho al lector saber la tristeza con que se deja la pluma al terminar una tarea creativa de dos años de duración, o que un autor siente como si estuviera abandonando una parte de sí mismo en el mundo de las sombras cuando una multitud de las criaturas que pueblan su mente se separan de él para siempre. No obstante, no tengo nada más que decir, a menos que confiese (lo cual podría incluso ser de menos interés) que nadie podrá creer en

esta narración al leerla más de lo que yo he creído en ella al escribirla.

Así pues, en lugar de mirar atrás, miraré hacia delante. No puedo cerrar este volumen con mayor agrado que el de desear que llegue el momento en que de nuevo publique mis dos entregas al mes, y con el fiel recuerdo del maravilloso sol y lluvias que han caído sobre estas páginas de David Copperfield y que tan feliz me han hecho.

Londres

Octubre 1850

1. Nazco

El que yo resulte ser el héroe de mi propia historia, o ese puesto lo ocupe alguna otra persona, será algo que habrán de mostrar estas páginas. Para comenzar mi vida por el principio, diré que nací, tal y como me han informado y así creo, un viernes a las doce de la noche. Fue de destacar el hecho de que el reloj empezó a dar la hora al mismo tiempo que yo comencé a llorar.

A tenor del día y hora de mi nacimiento, la matrona, así como unas cuantas sabias mujeres del vecindario, que ya sentían un vivo interés por mí meses antes de que hubiese ninguna posibilidad de que llegáramos a conocernos personalmente, afirmaron, en primer lugar, que yo estaba destinado a ser desgraciado en la vida, y, en segundo, que tendría el privilegio de poder ver fantasmas y espíritus, pues creían que ambos dones iban inevitablemente unidos a todos los desdichados infantes de ambos géneros nacidos hacia altas horas de un viernes por la noche.

No hace falta que diga nada aquí con respecto al primer punto, ya que nada puede demostrar mejor que mi historia si esa predicción fue corroborada o refutada por los he-

chos. En cuanto a la segunda parte, sólo comentaré que, a menos que dilapidase esa parte de mi herencia cuando todavía era una criatura, aún no la he recibido. No obstante, no me quejo en absoluto de haberme visto privado de dicha posesión, y si alguien está disfrutándola en estos momentos, le insto de todo corazón a que se la quede para sí.

Nací envuelto en una membrana¹ que fue anunciada en los periódicos para venderla por el módico precio de quince guineas. No sé si sería porque los hombres de mar estaban faltos de dinero por aquel entonces, o de lo que estaban faltos era de fe y preferían los chalecos salvavidas de corcho, pero el caso es que sólo hubo una única oferta, procedente de un abogado relacionado con el negocio de la corredería de bolsa, el cual ofreció dos libras en metálico y el resto en jerez, declinando que le garantizasen quedar exento del riesgo de ahogarse por ninguna cantidad mayor. En consecuencia, se retiró el anuncio sin que hubiera servido para nada, pues, en cuanto al jerez, a mi pobre y querida madre no le hacía ninguna falta por aquel entonces, y diez años después la membrana se sorteó en una rifa que se celebró en nuestro condado, ante cincuenta asistentes que habían pagado media corona por cabeza y cuyo ganador tendría que desembolsar cinco chelines. Yo mismo estaba presente, y recuerdo haberme sentido bastante incómodo y confuso al ver que se deshacían de una parte de mí de ese modo. También recuerdo que la membrana la ganó una anciana que portaba una cesta, la cual, muy a desgana, sacó de ésta los cinco chelines estipulados, todo en monedas de medio penique y faltándole dos y medio, como llevó un inmenso tiempo y un gran desperdicio aritmético intentar demostrarle sin resultado alguno. Es un hecho que será largo

1. Membrana fetal que cubre la cabeza del niño al nacer. Según la creencia popular, quien naciera con ella o poseyera una jamás se ahogaría.

tiempo recordado en aquel lugar como algo digno de destacar el que la mujer nunca se ahogó, sino que murió triunfalmente en su cama a la edad de noventa y dos años. Tengo entendido que hasta el último momento se jactó con sumo orgullo de no haber estado en el agua en toda su vida salvo encima de un puente, y que, mientras se tomaba el té, por el que sentía gran debilidad, acostumbraba a manifestar su indignación ante la impiedad de los marineros y demás que tenían la presunción de ir «vagando» por ahí por el mundo. De nada servía intentar explicarle que esa censurable práctica daba como resultado algunos beneficios, entre los que tal vez se incluyera el propio té. Ella siempre replicaba, con aún mayor énfasis y una seguridad instintiva en la solidez de sus reparos, que «qué era eso de ir por ahí vagando».

Mas, para no ponerme yo mismo a divagar, vuelvo a mi nacimiento.

Nací en Blunderstone, en el condado de Suffolk, o «por allí», como dicen los escoceses, y fui hijo póstumo. Los ojos de mi padre se habían cerrado a la luz de este mundo seis meses antes de que se abrieran los míos a ella. Hay algo que me resulta extraño, incluso ahora, cuando pienso que nunca llegó a verme; y algo aún más extraño en los vagos recuerdos que tengo de mis primeros contactos infantiles con su tumba de piedra blanca del cementerio, y de la indefinible compasión que sentía porque ésta tuviera que yacer sola a la intemperie de la oscura noche, mientras nuestra pequeña sala estaba caldeada e iluminada por el fuego y las velas, y las puertas de casa estaban –casi con crueldad, como me parecía a veces– cerradas a cal y canto para protegernos de aquélla.

Una tía de mi madre, y por consiguiente tía abuela mía, de la que tendré que hablar más a su debido tiempo, era la principal potentada de nuestra familia. La señorita Trotwood, o señorita Betsey, como siempre la llamaba mi po-

bre madre cuando conseguía superar el miedo que tenía a tan formidable personaje y se atrevía a mencionar su nombre (lo cual ocurría raras veces), se había casado con un hombre más joven que ella, el cual era muy apuesto salvo en el sentido de ese adagio que reza que «apuesto es quien apuesto obra», pues había fuertes sospechas de que pegaba a la señorita Betsey, e incluso de que en una ocasión, con motivo de una discusión relacionada con el suministro de fondos, había llevado a cabo unos preparativos precipitados pero decididos para tirarla por la ventana de un segundo piso. Esas pruebas de que existía una incompatibilidad de caracteres indujeron a la señorita Betsey a pagarle lo que quería y separarse de mutuo acuerdo. Con ese capital él se fue a la India, y allí, según una loca leyenda que corría en nuestra familia, fue visto una vez montado en un elefante en compañía de un babuino, aunque yo creo que debía de tratarse de un bengalí o de una begum. De todos modos, al cabo de diez años llegaron noticias de que había muerto allí en la India. Nadie llegó a saber cómo se lo tomó mi tía, pues nada más separarse volvió a adoptar su nombre de soltera, compró una casa en una aldea de la costa que estaba a mucha distancia, se estableció en ella en su condición de mujer soltera acompañada de una única sirvienta, y se sabía que, a partir de ese momento, vivía recluida en ella en lo que era un retiro inflexible.

Creo que en su momento mi padre había sido su favorito, pero el matrimonio que hizo fue para ella una afrenta mortal, alegando que mi madre sólo era una «muñequita de cera». Pese a que nunca había visto a mi madre, sabía que aún no tenía veinte años, y eso bastó para que mi padre y la señorita Betsey nunca se volvieran a ver. Él doblaba en edad a mi madre cuando se casaron y era de constitución delicada. Murió un año después y, como ya he dicho, seis meses antes de que yo llegara al mundo.

Así estaban las cosas la tarde de lo que espero que me perdonen que llame ese memorable e importante viernes. Claro que en aquellos momentos yo no podía pretender saber cómo estaban las cosas, ni tengo recuerdos basados en la evidencia de mis propios sentidos de lo que sigue.

Mi madre se encontraba, bastante débil de salud y de ánimo, sentada junto al fuego, que contemplaba con los ojos bañados de lágrimas mientras se sentía muy abatida por ella misma y por esa pequeña criatura sin padre que ya había recibido la bienvenida, por medio de unas docenas de proféticos alfileres que había en un cajón del piso de arriba, a un mundo que no estaba en absoluto interesado en el tema de su llegada; como digo, estaba sentada junto al fuego esa tarde luminosa y ventosa de marzo, sintiéndose muy apocada y triste y con grandes dudas sobre si sobreviviría al padecimiento que se le avecinaba, cuando, al levantar la mirada mientras se enjugaba los ojos, vio a una dama desconocida que se acercaba por el jardín.

Al volver a mirar, mi madre tuvo el fuerte presentimiento de que se trataba de la señorita Betsey. El sol poniente brillaba por encima de la verja del jardín sobre aquella extraña, la cual se dirigía hacia la puerta con una rigidez de figura y una severidad en el rostro que no podrían haber pertenecido a nadie más.

Cuando llegó a la casa, dio otra prueba de su identidad. Mi padre había comentado a menudo que la señorita Betsey rara vez se comportaba como cualquier cristiano corriente, y en ese momento, en lugar de llamar a la campana, se acercó a la ventana y miró por ella, apretando la punta de la nariz contra el cristal de tal manera que mi pobre madre solía decir que se volvió plana y blanca en un instante.

A mi madre le dio tal vuelco al verla que siempre he estado convencido de que debo a la señorita Betsey el haber nacido en viernes.

Mi madre se había levantado del sillón por la inquietud y se había escondido detrás de él en un rincón. La señorita Betsey recorrió la habitación con la mirada, lenta e inquisitivamente, comenzando por el otro extremo, y fue moviendo los ojos como los de la cabeza de un sarraceno en un reloj alemán hasta que llegó a mi madre. Entonces, con el ceño fruncido, le hizo el gesto, propio de alguien que estaba acostumbrado a ser obedecido, de que fuese a abrirle la puerta, cosa que mi madre hizo.

—La señora de David Copperfield, *creo* —dijo la señorita Betsey, que quizá con ese énfasis se refería a las ropas de luto y al estado de mi madre.

—Sí —contestó ésta débilmente.

—Supongo que habrá oído hablar de la señorita Trotwood —dijo la otra.

Mi madre respondió que había tenido ese gusto, por más que le quedó la desagradable sensación de que sus palabras no habían parecido dar a entender que fuese un gusto abrumador.

—Pues ahora la tiene delante —dijo la señorita Betsey, tras lo que mi madre agachó la cabeza y le rogó que entrase.

Pasaron a la sala de la que acababa de salir mi madre, ya que el fuego de la mejor estancia del otro lado del pasillo no estaba encendido —de hecho no se había encendido desde el funeral de mi padre—, y, una vez estuvieron las dos sentadas sin que la señorita Betsey dijese nada, mi madre, tras intentar en vano contenerse, se echó a llorar.

—No, no, no —exclamó inmediatamente la señorita Betsey—, no haga eso. Venga, venga.

Aun así, mi madre no podía controlarse, así que lloró hasta la última lágrima.

—Quítese el gorro, niña —dijo la señorita Betsey—, y déjeme que la vea.

Mi madre le tenía tanto miedo que no habría podido negarse a cumplir esa extraña petición ni aunque ésa hubiese

sido su intención. Así pues, hizo lo que le pedía con manos tan temblorosas que el pelo, que tenía hermoso y abundante, le cayó por todo el rostro.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó la señorita Betsey—. ¡Pero si es una niñita!

Sin duda mi madre parecía excepcionalmente joven incluso para su edad; la pobre agachó la cabeza como si fuera culpa suya serlo y dijo entre sollozos que se temía que sólo era una viuda muy joven y que sólo sería una madre también muy joven si vivía. Durante la corta pausa que siguió, le pareció que sentía a la señorita Betsey acariciarle el pelo con cierto cariño, pero al mirarla con esa tímida esperanza, descubrió que dicha dama estaba sentada con la falda del vestido recogida, las manos juntas sobre una rodilla y los pies sobre el guardafuegos mientras contemplaba las llamas con el ceño fruncido.

—¿Y, por todos los santos, a qué viene eso de «el grajal»? —preguntó de repente.

—¿Se refiere a la casa, señora? —dijo mi madre.

—¿Por qué «grajal»? —insistió la señorita Betsey—. Ya puestos, habría sido más apropiado «el corral», en el caso de que cualquiera de los dos hubiera tenido un sentido práctico de la vida.

—El nombre se le ocurrió al señor Copperfield —contestó mi madre—. Cuando compró la casa, le gustaba la idea de que hubiese grajos por aquí.

El viento de la tarde produjo tal conmoción justo en esos momentos entre unos viejos olmos altos que había al fondo del jardín que ni mi madre ni la señorita Betsey pudieron abstenerse de mirar en esa dirección. Mientras los árboles se inclinaban unos sobre otros como si fuesen gigantes susurrándose secretos y, al cabo de unos segundos de reposo, una nueva ráfaga hacía que volviesen a agitarse violentamente y movieran los brazos hacia todas partes, como si

esas recientes confianzas hubiesen sido tan perversas que les fuese imposible mantener la calma, unos viejos nidos de grajos, medio destrozados y azotados por las inclemencias, que había en las ramas más altas se balanceaban como naufragos en medio de un mar tempestuoso.

—¿Dónde están los pájaros? —preguntó la señorita Betsey.

—¿Los qué? —dijo mi madre, que estaba pensando en otra cosa.

—Los grajos. ¿Qué ha sido de ellos?

—Nunca ha habido ninguno desde que vivimos aquí. Pensábamos, pensaba el señor Copperfield, que iba a haber muchos, pero los nidos eran muy viejos y los pájaros ya los habían abandonado hacía mucho tiempo.

—¡Muy propio de David Copperfield! —exclamó la señorita Betsey—. ¡David Copperfield de la cabeza a los pies! Llama a una casa un «grajal» cuando no hay un solo grajo cerca, pero él está convencido de que sí porque ve los nidos.

—El señor Copperfield —replicó mi madre— está muerto, y si se atreve a hablar mal de él delante de mí...

Supongo que mi pobre y querida madre tuvo la intención momentánea de cometer algún tipo de agresión lesiva contra mi tía, la cual la podría haber detenido con una sola mano incluso si mi madre hubiese estado en mucha mejor forma para tal encontronazo de lo que lo estaba esa tarde. Pero el impulso se le pasó una vez se hubo levantado de la butaca, tras lo que volvió a sentarse dócilmente y se desmayó.

Cuando volvió en sí, o cuando la señorita Betsy hizo que recuperara la consciencia, como quiera que fuese, vio que ésta estaba de pie ante la ventana. Para entonces el crepúsculo ya estaba transformándose en oscuridad, y, pese a que se veían tenuemente, no podrían haberlo hecho sin la ayuda del fuego.

—¿Y bien? —dijo la señorita Betsey volviendo a su butaca, como si tan sólo hubiera estado echando un vistazo casual al paisaje—. ¿Y para cuándo espera...?

–Estoy hecha un manojo de nervios –balbució mi madre–. No sé qué va a pasar. ¡Seguro que me muero!

–No, no, no –dijo la otra–. Tómese un té.

–Ay, Dios mío, Dios mío, ¿cree que me sentará bien? –dijo mi madre sintiéndose muy indefensa.

–Pues claro que sí –afirmó la señorita Betsey–. Todo eso no son más que imaginaciones tuyas. ¿Cómo llama a la chica?

–Aún no sé si será niña, señora –respondió mi madre inocentemente.

–¡Bendita sea la criatura! –exclamó la señorita Betsey, citando sin saberlo el segundo deseo del alfiletero del cajón de arriba, pero aplicándolo a mi madre en vez de a mí–. No me refería a eso. Digo que cómo se llama su sirvienta.

–Peggotty –contestó mi madre.

–¡Peggotty! –repitió la señorita Betsey con cierta indignación–. ¿Me está diciendo, niña, que un ser humano entró en una iglesia cristiana para que le pusieran Peggotty de nombre?

–Es su apellido –dijo mi madre débilmente–. El señor Copperfield la llamaba así porque su nombre de pila es el mismo que el mío.

–¡Peggotty! –gritó la señorita Betsey tras abrir la puerta de la sala–. ¡Traiga té! Su señora está un poco indispuesta. ¡Y no se entretenga!

Después de haber dado esa orden con tanto vigor como si fuera una autoridad reconocida en la casa desde el principio, y de haberse asomado para encararse con la sorprendida Peggotty, que acudió por el pasillo con una vela al oír una voz desconocida, la señorita Betsey cerró la puerta de nuevo y se sentó como antes, con los pies sobre el guardafuegos, las faldas recogidas y las manos juntas sobre una rodilla.

–Decía usted que si iba a ser niña –comentó–. A mí no me cabe la menor duda de que lo va a ser. Tengo el presenti-

miento de que va a ser niña. Pues bien, desde el momento en que nazca esta niña...

–O tal vez sea niño... –se tomó mi madre la libertad de añadir.

–Le digo que tengo el presentimiento de que va a ser niña –insistió la señorita Betsey–, así que no me contradiga. Desde el momento en que nazca esa niña, quiero ser amiga de ella. Quiero ser su madrina, por lo que le ruego que la llame Betsey Trotwood Copperfield. Y *esta* Betsey Trotwood no debe cometer errores en la vida. Que nadie juegue con los sentimientos de la pobre. Ha de ser bien criada, y protegida de que deposite su afecto tontamente en quien no se lo merezca. De eso ya me encargo yo.

Después de cada una de esas oraciones, la señorita Betsey había dado una sacudida con la cabeza como si estuviese reviviendo sus propios errores del pasado, y sólo imponiéndose una férrea restricción evitó hacer referencias más claras a los mismos. Al menos eso le pareció a mi madre mientras la observaba a la tenue luz del fuego, por más que se hallaba demasiado asustada por la señorita Betsey, demasiado intranquila por sí misma y, en general, demasiado apagada y desconcertada para poder percibir nada con mucha claridad o saber qué decir.

–¿Y fue David bueno con usted, niña? –le preguntó la señorita Betsey tras haber estado en silencio durante un rato, al tiempo que esos movimientos de cabeza iban cesando gradualmente–. ¿Estaban a gusto juntos?

–Fuimos muy felices –contestó mi madre–. El señor Copperfield era muy bueno conmigo.

–Entonces supongo que la malcrió, ¿no? –replicó la otra.

–Bueno, si consideramos que vuelvo a estar sola y únicamente puedo depender de mí misma en este mundo cruel, entonces sí, supongo que me malcrió –sollozó mi madre.

–Venga, no llore –dijo la señorita Betsey–. Es sólo que los dos eran una pareja muy desigual, si es que dos personas pueden llegar a estar en igualdad de condiciones y entenderse, y por eso se lo he preguntado. Usted era huérfana, ¿no?

–Sí.

–¿E institutriz?

–Lo era en casa de una familia a la que el señor Copperfield solía visitar. Él era muy amable y atento conmigo, me dedicaba mucha atención y al final se me declaró. Y yo acepté y nos casamos –explicó mi madre con sencillez.

–¡Ay, pobre niña! –murmuró la señorita Betsey mientras seguía contemplando el fuego con el ceño fruncido–. ¿Sabe usted algo?

–¿Qué quiere decir, señora? –balbució mi madre.

–Que sí sabe llevar una casa, por ejemplo.

–Me temo que no mucho. Desde luego no todo lo que quisiera. El señor Copperfield me estaba enseñando...

–¡Como si él mismo supiera mucho del tema! –exclamó la señorita Betsey en un paréntesis.

–... y creo que habría progresado, ya que tenía muchas ganas de aprender y él era muy paciente enseñándome, si la gran desgracia de su muerte...

Y entonces mi madre volvió a desmoronarse y no pudo seguir.

–Venga, venga... –dijo la señorita Betsey.

–Yo llevaba mi libro de cuentas al día, y lo cotejaba con el señor Copperfield todas las noches –dijo mi madre en otro estallido de congoja, tras lo cual volvió a venirse abajo.

–Venga, venga –insistió la señorita Betsey–, no llore más.

–Y le puedo asegurar que nunca tuvimos la menor diferencia al respecto, excepto cuando el señor Copperfield ponía objeciones a que mis treses y mis cincos se parecieran tanto, o a que les hiciera un rabito enroscado a los sietes y

los nueves –continuó mi madre en un nuevo estallido, a continuación del cual se desmoronó una vez más.

–Se va a poner enferma –dijo la señorita Betsey–, y eso no va a ser bueno ni para usted ni para mi ahijada. Venga, deje ya de hacerlo.

Esa argumentación tuvo algo que ver con que mi madre se calmara, aunque su indisposición cada vez mayor quizá jugó un papel mucho más grande. Hubo un intervalo de silencio, que sólo rompía ocasionalmente la señorita Betsey cuando exclamaba «¡vaya, vaya!», mientras seguía sentada con los pies sobre el guardafuegos.

–Sé que David se había comprado con su dinero una renta vitalicia –dijo al cabo de un poco–. ¿La dejó a usted bien arreglada?

–El señor Copperfield –contestó mi madre con ciertas dificultades– tuvo la bondad y consideración de asegurarse de que una parte revertiera en mí.

–¿Cuánto?

–Ciento cinco libras al año.

–Bueno, podría haber sido peor –comentó la señorita Betsey.

Era una palabra muy apropiada en aquellos momentos. Mi madre se encontraba mucho peor, por lo que Peggotty, al entrar con la bandeja del té y velas y darse cuenta al instante de lo enferma que estaba –como podría haber hecho antes la propia señorita Betsey de haber habido más luz–, la llevó arriba a su habitación a toda prisa, y de inmediato mandó a Ham Peggotty, su sobrino, el cual llevaba varios días oculto en la casa sin que mi madre lo supiera, para que actuase de mensajero en caso de emergencia, a que fuera a por la comadrona y el médico.

Esas fuerzas aliadas se quedaron bastante perplejas cuando llegaron con unos pocos minutos de diferencia entre sí y encontraron a una dama desconocida de portentoso aspec-

to sentada ante el fuego, con el sombrero atado por encima de su brazo izquierdo y poniéndose taponos de algodón en los oídos. Como Peggotty no sabía quién era, y mi madre tampoco había dicho nada al respecto, el que estuviese en aquella sala era un misterio; y el hecho de que llevase un surtido de taponos de algodón en el bolsillo y se los estuviera poniendo de ese modo no restaba impacto a lo solemne que resultaba su presencia allí.

El médico, tras haber estado arriba y bajar de nuevo, y supongo que convencido de que existía la posibilidad de que esa dama desconocida y él tuvieran que estar allí sentados cara a cara durante varias horas, se dispuso a ser cortés y sociable. Era el hombrecillo más sumiso que pudiese haber, así como el más afable. Entraba y salía con sigilo de una habitación a fin de molestar lo menos posible y ocupar el menor espacio. Caminaba tan silenciosamente como el Fantasma de Hamlet, e incluso con mayor lentitud. Inclina la cabeza a un lado, en parte por modesto menosprecio de sí mismo, y en parte por modesta propiciación hacia todos los demás. Tampoco es gran cosa decir que era incapaz de gritar nada a un perro, porque no lo podría haber hecho ni a uno que estuviese enloquecido; en todo caso le podría haber dicho una palabra con suavidad, o media, o un fragmento, pues hablaba tan lentamente como caminaba, pero jamás podría haber sido rudo ni enfadarse con él por nada del mundo.

El señor Chillip, mirando afablemente a mi tía con la cabeza inclinada a un lado y haciéndole una pequeña reverencia, dijo en alusión a los taponos de algodón mientras se tocaba con suavidad la oreja izquierda:

—¿Es alguna irritación local, señora?

—¿Qué? —exclamó mi tía sacándose el tapón del oído como si fuera un corcho.

El señor Chillip quedó tan asustado por su brusquedad, como contó después a mi madre, que tuvo suerte de no per-